

¿QUÉ ME PASA, NTUMBA?

Cuentos sobre enfermedades olvidadas

TUBERCULOSIS, MAL DE CHAGAS, KALA-AZAR, ENFERMEDAD DEL SUEÑO, VIH/SIDA, MALARIA

Feli Ibáñez

Mariona Cabassa



Icaria editorial

Niños y niñas de otras culturas protagonizan las seis historias que nos relata Ntumba, la contadora de cuentos. Historias con finales positivos que nos explican enfermedades que existen en otros países y que nosotros no conocemos; los síntomas que se sienten al padecerlas y cómo es posible curarlas.

Estos relatos os permitirán descubrir diferentes realidades que viven otros niños y niñas en el mundo, y entender que sólo conociendo estas enfermedades olvidadas y silenciadas podremos ayudar a eliminarlas.



Icaria editorial



PVP: 17 €

ISBN 978-84-9888-xxx-x



¿Qué me pasa, Ntumba?



¿Qué me pasa, Ntumba?

Cuentos sobre enfermedades olvidadas

tuberculosis, mal de Chagas, kala azar, enfermedad del sueño, VIH/sida, malaria



Cuentos de **Feli Ibáñez**

Ilustraciones de **Mariona Cabassa**

Fotografías de **Juan Carlos Tomasi**



Icaria ✿ editorial



© De los cuentos: Feli Ibáñez

© De las ilustraciones: Mariona Cabassa

© De las fotografías: Juan Carlos Tomasi

Médicos Sin Fronteras es el beneficiario de los derechos de autor de la venta de estos cuentos.

© De esta edición

Icaria Editorial, s.a.

Arc de Sant Cristòfol 11-23

08003 Barcelona

www.icariaeditorial.com

Médicos Sin Fronteras

Nou de la Rambla 26

08001 Barcelona, España

www.msf.es

Primera edición: febrero de 2011

ISBN: 978-84-9888-322-0

Depósito legal: xxxxxxxx

Fotocomposición: Susana Monjo Omedes

Impreso en xxxxxxxx

Printed in Spain – Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial

Índice

Prólogo, Dra. Paula Farias, presidenta de Médicos Sin Fronteras España

9

Ntumba, la contadora de cuentos, Feli Ibáñez

11

Las hojitas en la pared, Armenia

17

¿Qué es la tuberculosis?

23

¿Sabías que Armenia...?

25

La vinchuca Cuca, Guatemala

27

¿Qué es el mal de Chagas?

35

¿Sabías que Guatemala...?

37

El monzón que llegó con retraso, India

39

¿Qué es el kala azar?

51

¿Sabías que India...?

53

El niño que no se podía despertar, Sudán

¿Qué es la enfermedad del sueño?

¿Sabías que Sudán...?

55

63

65

El niño hechicero, República Democrática del Congo

¿Qué es el VIH/sida?

¿Sabías que la República Democrática del Congo...?

67

75

77

Iván en la ciudad de Angkor Thom, Camboya

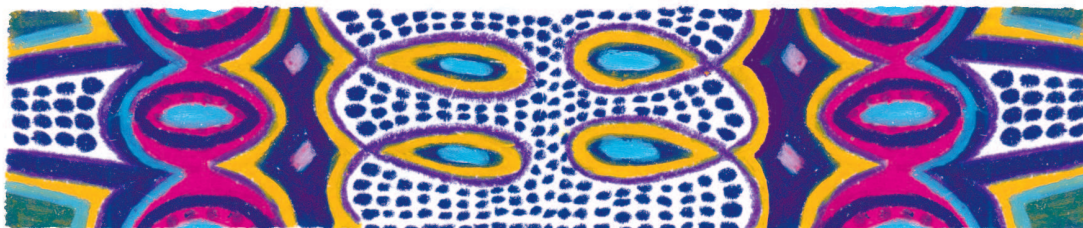
¿Qué es la malaria?

¿Sabías que Camboya...?

79

89

91



Prólogo

La patria es ese lugar en la memoria al que uno quisiera volver cuando el suelo se tambalea, ese espacio cálido en el que se sienten los pies ligeros y por el que uno se mueve con la facilidad del que se sabe en casa. Aunque la patria, como casi todo, también tiene sus fronteras, y éstas, al dividir el mundo en dos, el nuestro y el otro, dejan a ese otro convertido en un espacio no siempre oscuro pero, en cualquier caso, un lugar por el que resulta más difícil andar. Sin embargo, afortunadamente, y puesto que nadie ha definido las dimensiones estándar que una patria ha de tener, ésta puede ser ancha, muy ancha. Tan ancha como lo haya sido nuestra infancia, pues es ésta, sin duda, la mejor de las patrias posibles.

Y así, si la infancia es patria, los cuentos también lo son. Los cuentos son los responsables de la dimensión de nuestra realidad. Son los que nos enseñan a distinguir a los héroes de los villanos, nos enseñan a soñar un mundo y nos ayudan a decidir cuál será nuestro modo de estar en él. Los cuentos, como la primera enseñanza, nos vertebran y nos hacen, susurrándonos las dimensiones precisas que habrá de tener ese patio de recreo en el que jugaremos toda la vida.

Feli Ibáñez, audaz, elige el más difícil de los oficios. El de contadora de cuentos, el de diseñadora de patrias, escenógrafa de infancias. Y lo hace con valentía, decidida a hablar de la vida con sus luces y miserias, conservando aristas y prescindiendo de algodones. Hablando de la invisibilidad, el dolor y el olvido que sufren las personas que

padecen alguna de las enfermedades olvidadas. Enfermedades que afectan a tantos y de las que tan poco sabemos en este mundo nuestro, en el que se come caliente y varias veces al día. Y así, sus cuentos nos acercan a la vida sin necesidad de acolcharla, ayudándonos a vertebrar un mundo que no por ello deja de mostrarse como un lugar cálido y amable por el que poder transitar.

Feli, con sus cuentos, nos ofrece un mundo sin fronteras, una patria ancha donde todo cabe y, ante esto, no nos queda sino disfrutar de la lectura y saber agradecer.

Dra. Paula Farias
Presidenta de Médicos Sin Fronteras España
Madrid, diciembre de 2010



Ntumba, la contadora de cuentos



Feli Ibáñez



Ntumba, la contadora de cuentos

Soy Ntumba, la contadora de cuentos. Éste es mi nombre africano. Me lo regaló hace muchos años Joseph Katumbutumbu, un amigo de la República Democrática del Congo que me conocía bien.

Él me explicó que en la cultura tshiluba, Ntumba significa el alma que sube y baja. Y es verdad que mi alma cambia. A veces yo me siento arriba, muy contenta y alegre, maravillada por la vida. Y otras veces, me siento muy abajo, triste y malhumorada. Especialmente cuando, en el mundo, veo cosas que no me gustan y tengo la sensación de no poder cambiarlas.

Precisamente para cambiar el mundo decidí ir a otros lugares del planeta. Mi nombre en España es Feli y mi profesión es médica. Un día cogí mi maleta y salí como trabajadora humanitaria con Médicos Sin Fronteras (MSF), yendo de guerra en guerra y de país en país. Estuve diez años en África y ahora he vuelto para descansar y contar todo lo que viví.

En ese tiempo he aprendido —entre otras muchas cosas— que colaborar para cambiar el mundo es muy fácil; simplemente es necesario preguntarse: ¿esto que le ocurre a otra persona... me gustaría que me pasara a mí?

Si sientes que a ti no te gustaría vivir la mala situación que viven otros, entonces es preciso empezar a pensar qué se puede hacer.

Unos pueden irse a trabajar al extranjero a cuidar a los enfermos; otros, ser voluntarios en alguna asociación; otros, dar dinero; y otros, hacerse contadores de cuentos y relatar a todo el mundo la vida de las personas en algunos países en vías de desarrollo. Si la gente no se entera de lo que allí pasa, nunca se podrá intentar mejorar el mundo. Pero éstas son sólo algunas maneras de ayudar. Hay otras muchísimas formas de poner un granito de arena.

¿Y tú, qué puedes hacer?

Conocí a Joseph en uno de mis viajes. Me puso ese nombre africano y me añadió, a la de médica, otra profesión: la de contadora de cuentos.

Según me explicó Joseph, los niños “Ntumba” son aquellos cuyas madres tuvieron algún problema durante el embarazo. Por eso —cuando crecen y están abajo, tristes y malhumorados— hay que quererles mucho, prepararles un plato de pollo con especias y además darles muchos besos y abrazos. Cuando están arriba —contentos, alegres y maravillados por la vida— hemos de pedirles que cuenten cuentos, para que sientan que sí pueden cambiar el mundo.

Así pues, mi amigo Joseph y yo —entre fogones y platos de pollo con sabor exótico— hablamos de personajes que sufrían enfermedades extrañas y olvidadas; enfermedades que no tenemos aquí en Europa, que apenas se estudian e investigan, a pesar de que miles de personas en África, América Latina y otros continentes sí las padecen.

Desde el día que Joseph me bautizó con un nombre africano, además de ser trabajadora humanitaria, cuento historias de personas que viven en países en vías de desarrollo; lo hago para que la gente, al escucharlas, sepa un poco más lo que pasa allí y empiecen a pensar qué hacer para cambiar el mundo. Escuchando esas historias, empezarás a reflexionar sobre qué puedes hacer tú ...





Las hojitas en la pared*

Armenia

En el segundo piso de una vieja casucha, en la ciudad de Yerevan, vivían Louba, Alexander y la hija de ambos, Katiuska. Alexander iba cada año a los países vecinos, para vender coches de segunda mano. Al principio del invierno —antes de que la nieve cubriera las montañas de la ciudad— Alexander viajaba a Irán y Turquía; allí, durante los meses más fríos, compraba varios vehículos; cuando la primavera regresaba, también él volvía a su casa, después de haber vendido los coches en Georgia o Azerbaiyán. No ganaba mucho dinero, pero con eso —más lo que conseguía Louba haciendo arreglos de costura a los vecinos— lograban sacar a la familia adelante con algunas penurias. Katiuska era una niña muy alegre y dulce, rubia, de ojos azules, que acababa de cumplir doce años. Louba siempre estaba preocupada por ella. Le parecía que su hija era demasiado sensible, y que a veces fabricaba en su cabeza historias fantasiosas, un poco locas, que no la dejaban ver la realidad. La amaba intensamente y, en el fondo, admiraba el romanticismo y la ingenuidad con que Katiuska abordaba la vida. Por ejemplo, si las paredes de la casa tenían grietas, la niña explicaba que era porque Dios había construido allí casitas para las hormigas, cucarachas y ratoncillos que campaban por la vivienda. Si faltaba comida, era sólo porque Dios se estaba tomando su tiempo en cocinar un delicioso plato especialmente preparado para ellas.

* Esta historia está inspirada en un cuento popular que leyó la autora en uno de sus viajes.

Si la ventana no cerraba, era porque Dios quería hacerles escuchar la música que interpretaba ese día en la plaza la orquesta municipal.

Louba se maravillaba de esa creencia ciega de su hija en que todo lo que pasaba era para bien.

—Es una suerte —pensaba— ser madre de una niña que ve el mundo de esa manera. ¿Acaso no se llevan mejor, así, las dificultades de la vida?

Ese invierno, cuando Alexander se disponía a partir, las dos lo despidieron con abrazos que ya anticipaban la nostalgia.

—No os preocupéis... en cinco o seis meses estaré de vuelta —dijo Alexander, acariciándoles el pelo—. Louba, cuida de esa tos tan ronca que tiene nuestra Katiuska, no vaya a ser que se nos ponga enferma.

Como si el padre fuera un adivino, tres días más tarde Katiuska se puso malita, con una fiebre tan alta que su madre se asustó.

—¡Petrus... Petrus...! —gritó a su vecino, el joven pintor del patio de enfrente, que vivía en un piso más arriba del suyo.

—¿Qué pasa?

—Katiuska se ha puesto muy mal y no sé qué hacer.

El muchacho bajó de inmediato. De aspecto desmañado y melancólico, era un gran amigo de Katiuska: ambos compartían una mirada mágica sobre el mundo. De vez en cuando, Petrus le daba clases de pintura.

—Katiuska, querida... ¿qué te pasa? —le dijo, mirándola a los ojos brillantes por la fiebre. La niña, al verlo, esbozó con dificultad una sonrisa.

—El pecho me arde. Es como si hubiera un fuego dentro que me quema. Ayer, cuando tosía, escupí sangre y... me siento muy, muy cansada.

Petrus y Louba se miraron angustiados: ¡tuberculosis!

La temida palabra para esta enfermedad anunciaba grandes desgracias: era

muy difícil encontrar los medicamentos; el tratamiento, en el mejor de los casos, duraba casi seis meses; y era evidente que el frío tan intenso del invierno no ayudaría a que la niña se recuperara.

Llamaron al médico. Después de estudiar los resultados de unos análisis, confirmó el terrible diagnóstico y le recetó un montón de pastillas. Louba, para comprar esas medicinas, tuvo que gastar los pocos ahorros que tenía.

—A veces —explicó el médico—, cuando la bacteria que produce la tuberculosis se vuelve muy resistente, la enfermedad resulta incurable. Pero si la pequeña sobrevive al invierno, se curará —sentenció.

Petrus y Louba se miraron. Era verdad que, en los últimos meses, Katiuska había perdido peso y no se mostraba tan alegre como antes. Además, aquella tos...

En los días que siguieron, intentaron comunicarse con Alexander, pero fue imposible: él no paraba de moverse de un país al otro.

Petrus visitaba a Katiuska todas las tardes. Su madre había situado la cama junto a la ventana que daba al patio de vecindad. Desde allí, la niña podía ver perfectamente la vivienda de su amigo y las enredaderas cuyas hojas cubrían la fachada.



Y así fue hasta que Petrus tuvo que marcharse para finalizar sus estudios de pintura en otra ciudad. El día de su partida Katiuska le dijo:

—Cada día miraré tu ventana y contaré las hojitas de la enredadera que resisten durante el invierno; cuando todas las hojas hayan caído... moriré.

—No digas tonterías —respondió Petrus—. Tú saldrás adelante, caigan o no las hojas... Me despido de ti hasta la próxima primavera, mi niña Katiuska —y se despidió. Después la abrazó, emocionado, y se marchó con lágrimas en los ojos.

A partir de ese día Katiuska contó, puntualmente, las hojas de la enredadera.

—Queda una docena mamá, no sé si aguantaré...

Louba lloraba. Al principio intentó convencer a la pequeña de que relacionar su tiempo de vida con la caída de las hojas era un pensamiento absurdo. Pero Katiuska tenía tal empeño en identificarse con las hojitas que día a día iban cayendo a causa del intenso frío, que la pobre mujer acabó desistiendo de convencerla. Todo su esfuerzo se empleó en cuidar lo mejor posible a la niña, dándole cada día los medicamentos y preparándole apetitosas comidas. De su cocina salían sopas humeantes con grandes trozos de carne que obtenía del carnicero con la promesa de saldar cuentas cuando su marido regresara. Por las noches, a solas, Louba rezaba, pidiéndole a Dios que aquellas pequeñas hojitas aguantaran; que pese al frío no cayeran.

Cuando todavía faltaban dos meses para la llegada de la primavera, sólo dos hojas de la enredadera permanecían intactas, junto a la ventana de Petrus.

Cada mañana, al despertarse, lo primero que Katiuska hacía era abrir la ventana y verificar si todavía estaban allí. La confirmación de que esas hojas sobrevivían la hacía sonreír. Su madre suspiraba, aliviada.

Hasta que una mañana, el cielo habitualmente cargado de nubes y la nieve cubriendo la ciudad fueron sustituidos por un sol radiante. Todo anunciaba que el invierno había terminado: la primavera acababa de llegar.



La madre y la hija se abrazaron, sonrientes. Abrieron la ventana: la única hoja superviviente se mantenía firme, junto al poyo de la ventana. ¡Habían vencido a la enfermedad!

Alexander regresó de sus viajes pocos días más tarde.

Y también Petrus volvió, agitando en su mano el diploma que había conseguido en la academia.

Los cuatro se fundieron en un caluroso abrazo.

Petrus abrió la ventana, miró hacia el patio y dijo:

—Veo que la hojita que te dibujé en la pared al marcharme, junto al poyo de la ventana, sigue del mismo color a pesar de la nieve. Es la única que ha resistido las inclemencias del invierno.



Bacilo de Koch

¿Qué es la tuberculosis?

La tuberculosis es una enfermedad contagiosa transmitida por el aire. Está causada por una bacteria llamada *Mycobacterium tuberculosis* que fue descubierta por el médico alemán Robert Koch, quien recibió el premio Nobel de Medicina en 1905. De ahí que la bacteria también sea conocida como Bacilo de Koch.

El bacilo pasa de una persona a otra al hablar o al toser, cuando las bacterias quedan suspendidas en el aire y la otra persona se las traga sin darse cuenta al respirar. Si la persona está fuerte y sana, puede tener el bacilo dentro y no enfermar. Pero si está débil o tiene alguna otra enfermedad, la tuberculosis se desarrollará en su organismo. Esto es lo que ocurre cada año a nueve millones de personas en el mundo, sobre todo en los países en desarrollo.

La tuberculosis puede atacar cualquier parte del cuerpo, pero la forma más frecuente es la que afecta a los pulmones. La persona tiene mucha tos, le cuesta respirar y le duele el pecho. A menudo la gente no va al médico porque no se puede pagar el tratamiento, que es largo y costoso.

Para curar la tuberculosis hay que tomar unos medicamentos muy fuertes llamados antibióticos durante un período de entre seis meses y dos años. Al ser un tratamiento tan largo y difícil, muchos pacientes no lo terminan. Entonces no se acaban de curar y el primer antibiótico ya no les sirve, con lo que hay que buscar otro y volver a empezar el tratamiento. Si esto pasa varias veces, al final ya no hay medicamentos que la puedan curar. Por eso es tan importante seguir el tratamiento completo bajo control médico.



¿Sabías que Armenia...?

Es un país sin salida al mar, situado en la región del Cáucaso Sur, una zona geográfica en el límite entre Europa y Asia. Sus países vecinos son: al oeste, Turquía; al norte, Georgia; al este, Azerbaiyán; y al sur, Azerbaiyán e Irán.

Armenia es un país montañoso, de veranos cortos y cálidos, e inviernos largos, muy fríos y secos. En el centro de su territorio hay un gran lago llamado Sevan, que antiguamente era conocido como el mar de Armenia.

Tiene una población de más de tres millones de habitantes, la gran mayoría de origen armenio, aunque también hay personas de origen asirio, ucraniano, griego, kurdo, georgiano y bielorruso. La lengua más hablada es el armenio, seguido del ruso.

Aunque el país no tiene una religión oficial, la mayoría de la gente es cristiana.

Armenia es rica en recursos naturales y tiene minas de cinc, oro, cobre y plomo.

Los armenios usan muchas especias para cocinar. Hacen sabrosos guisos y sopas con verduras, legumbres, carnes y pescados que los ayudan a combatir el frío. Su pan es plano y se llama *lavash*. La palabra *albaricoque* es de origen armenio. Esta fruta es uno de los símbolos del país y su color aparece en la bandera nacional.



La vinchuca Cuca

Guatemala

No existe, en todo el planeta Tierra, otro lago más hermoso que el lago Atitlán. Es un cono volcánico lleno de agua dulce, rodeado de otros tres volcanes.

A sus orillas se encuentra un pueblecito indígena llamado San Pedro la Laguna: allí vivía el leñador Camilo y su familia. Los Camilo eran muy pobres y su casa muy humilde. El techo estaba construido con paja no alisada; las paredes sin revoque estaban llenas de grietas; tenía sólo una habitación muy desordenada, donde dormía toda la familia.

Camila, la mujer de Camilo, no lograba que sus cinco hijos (Camilo uno, Camila dos, Camilo tres, Camila cuatro y Camilo cinco) limpiaran y barrieran cada día. Con ellos vivía también un gato, Maragato, que o dormía o saltaba por toda la casa creando gran confusión. Maragato no ayudaba en nada a mantener la estancia en condiciones.

En la casa del leñador Camilo vivían otros dos inquilinos, la vinchuca Cuca y el tripanosoma Cruz.

La vinchuca Cuca tenía el tamaño de un botón. Era una chinche de color pardo chocolate con unas hermosas bandas transversales de tonalidades claras. Su cabeza —alargada y brillante— era la envidia de todas sus amigas.

Durante el día se escondía en el tejado de paja... en el gallinero... en los corrales... Pero su lugar preferido era el interior de la casa: le gustaba el calorcito de la habitación.

Entre tanto desorden, Cuca no tenía ningún problema en hallar un sitio donde ocultarse y dormir: encogía las seis patitas, doblaba las dos antenas, se hacía una bolita y... esperaba la llegada de la noche para iniciar sus correrías. Era muy difícil verla durante el día.

El tripanosoma Cruz vivía dentro de la vinchuca Cuca. Era tan diminuto que para verlo tendríamos que usar un microscopio. Y es que hay que ser chiquitito, chiquitito para poder vivir dentro de una vinchuca que tiene el tamaño de un botón.

Ya hacía muchos años, Cruz y Cuca vivían así, uno dentro del otro, en casa de Camilo el leñador, a orillas del lago Atitlán, el más bonito del mundo. Aunque se había acostumbrado, la verdad es que



el tripanosoma habría preferido vivir dentro de un armadillo, de una rata, de un gato o de un mono, como lo hacían otros miembros de su familia. Esos animales no sólo eran más grandes que la vinchuca, sino que también se movían más de un lado a otro y no se pasaban el día durmiendo, escondidos en el tejado.

Pese a todo, al tripanosoma Cruz le gustaba mucho también la casa de los Camilos. Disfrutaba escuchando corretear y jugar a los chicos, y le volvía loco el olor de las tortillas de maíz y los tamales que preparaba mamá Camila. Le encantaba escuchar los chistes de Camilo uno, y se moría de risa cuando el niño los contaba durante la noche.

¿Qué hacía el tripanosoma dentro de la vinchuca? Pues nadar y nadar de aquí para allá en el aparato digestivo de Cuca, con su hermosa cola que le servía de una aleta, a la espera de poder cumplir su misión.

¿Cuál era su misión? Pues, cuando la vinchuca Cuca picara a alguien de la familia, él debía aprovechar la ocasión para salir de Cuca y entrar en la persona. Eso era lo que durante siglos y siglos habían hecho los tripanosomas. Ésta era la vida de un parásito: pasar de un huésped a otro para poder sobrevivir...

Cruz soñaba con el día en que podría cumplir su misión: dejaría de ser un parásito niño y se convertiría en un parásito adulto. Y, siendo adulto, ya nadie podría decirle lo que debía hacer.

Si alguien le hubiera ofrecido la posibilidad de escoger dónde alojarse, el tripanosoma elegiría sin dudar a Camilo uno; le gustaba porque siempre se estaba riendo y contando chistes.

—Sería muy divertido vivir dentro de un niño tan payaso —pensaba— porque así nunca estaría triste. Además a Camilo uno le encanta ir a pescar a la orilla del lago. Sería maravilloso estar al aire libre, sentir el sonido del aire y el calorcito del sol. Sí, sí, sin ninguna duda, Camilo uno era su niño preferido.

Un día, mientras la familia cenaba, Camilo padre aconsejó a sus hijos:

—Cuando durmáis, taparos todos con periódicos.

—¿Para qué? —preguntó Camila cuatro.

—Para que escuchéis caer a la vinchuca cuando se tire desde el techo sobre vosotros.

—¿Y por qué tenemos que escucharla? —quiso saber Camilo uno.

—Porque, si os pica, os transmitirá una enfermedad.

—¿Qué enfermedad? —preguntó Camilo cinco.

—El mal de Chagas, una enfermedad que al principio da fiebre y, si después no te tratas, algunos órganos del cuerpo crecen y crecen... tanto, que puedes morirte. Al picar, la vinchuca os pasará el tripanosoma Cruz, el parásito responsable de este mal. Si enfermais, el médico tradicional os enviará a la ciudad para curaros.

Al escuchar esa explicación, el tripanosoma Cruz se quedó helado. Hasta entonces, nadie le había dicho que cuando pasara de la vinchuca Cuca a uno de los Camilos provocaría una enfermedad y... ¡peor aún, la muerte!

Se puso a llorar desconsoladamente.

—¡No, no, no! ¡No quiero matar a nadie! ¡Y menos a Camilo uno!

Empezó a nadar, inquieto, dentro de la vinchuca.

—Tiene que haber una solución. ¡No quiero ser un tripanosoma malo!

Mientras tanto, la vinchuca Cuca ya se estaba preparando para su fiesta nocturna. Esa noche no se sentía muy bien, ya que notaba a Cruz muy inquieto dentro de ella. Se acicaló, ahuecando sus alas normalmente replegadas sobre el cuerpo, y se situó en la viga central de la casa, justo encima de donde dormiría la familia cubierta de periódicos.

Bien instalada en ese sitio, esperó a que el sol se escondiera. Era su gran día, por fin iba a expulsar de su cuerpo al tripanosoma Cruz que últimamente no hacía más que fastidiarla, sin parar de moverse.

Más tarde, cuando ya todos dormían, y la luz de la lumbre de la cocina se había apagado, Cuca se colocó en posición de lanzamiento. Sus ojos, capaces de ver en la oscuridad, buscaron algún hueco entre los periódicos: el brazo izquierdo de Camilo uno sobresalía descuidadamente de la coraza de papel.

El tripanosoma Cruz sintió que Cuca se estaba preparando, y se llenó de miedo...

—¡No, no! ¡No quiero salir!



Cuca no le hizo ni caso. Gritó:

—¡Al ataque! —y se lanzó al vacío, relamiéndose ya sólo de pensar en la rica picadura que le iba a dar a Camilo uno.

Pero ni la vinchuca ni el tripanosoma contaban con el gato Maragato que, escondido en la oscuridad, observaba atentamente las maniobras de Cuca...

Al ver que la vinchuca se dejaba caer desde la viga para aterrizar en el brazo de Camilo uno, Maragato se lanzó como una flecha hacia ella, cayendo estrepitosamente sobre toda la familia.

—¡Miau, miau...! ¡Requetemiau! —gritó.

—¡Maragato, malo, malo, déjanos dormir! —gritó Camilo el leñador, medio dormido. Cogió al gato por el cuello, se levantó, abrió la puerta y lo lanzó fuera de la casa.

Al volver a la cama, Camilo pisó a la vinchuca Cuca, que había quedado en el suelo completamente agotada por el accidentado aterrizaje. La cogió y se la enseñó a los niños.

—Mirad bien: este insecto del tamaño de un botón es el que transmite la enfermedad de Chagas —dijo, y la metió en un frasco.

—No está muerta, sólo un poco atontada. Mañana se la daremos al médico tradicional.

El tripanosoma Cruz se había desmayado también. La caída había sido brutal. Moviéndose en zigzag a una velocidad vertiginosa había intentado —en vano— evitar que la vinchuca picara a Camilo uno. Cuca cayó sobre algo mullido, picó y Cruz fue a parar dentro de otro cuerpo a la velocidad de la luz.



Se sintió muy triste. Se quería morir...

—Yo no quiero hacer daño a mi Camilo uno
—dijo. Empezó a sentir frío. Y, de pronto, oyó
que su nuevo huésped lanzaba un maullido.

—¡Estoy dentro del gato! —exclamó tan
sorprendido como contento.

Desde aquella noche, el tripanosoma Cruz
fue muy feliz dentro del gato; allí vivió muchos
años.

Desde Maragato, siguió disfrutando al oír
corretear a los chicos de aquí para allá,
volviéndose loco por el aroma de las tortillas
de maíz y los tamales que preparaba mamá
Camila, y adorando escuchar los chistes de
Camilo uno, que seguía siendo su niño
favorito.



Vinchuca
○
chinche picuda

¿Qué es el mal de Chagas?

El mal de Chagas o *tripanosomiasis* humana americana es una enfermedad infecciosa provocada por el parásito *Tripanosoma cruzi*. Fue descubierta en 1909 por el doctor brasileño Carlos Chagas, que le dio su nombre.

Esta enfermedad es propia de América Latina y afecta sobre todo a zonas rurales, comunidades indígenas y los barrios más pobres de las grandes ciudades. Se calcula que entre diez y quince millones de personas la padecen en los países latinoamericanos y que otros cien millones corren el riesgo de contraerla.

El tripanosoma se transmite a los humanos por la picadura de un insecto llamado vinchuca o chinche picuda. Cuando la persona se rasca, el parásito penetra en la piel y pasa a la sangre. Desde entonces la persona está infectada, pero no sabe que está enferma porque puede no encontrarse mal ni tener molestias durante años.

Al igual que ocurre con otras infecciones, hay personas que tienen el parásito en el cuerpo pero éste se queda como dormido y no les afecta. Sin embargo, en un tercio de las personas infectadas el tripanosoma a la larga acaba dañando partes importantes del cuerpo como el corazón, el sistema digestivo y el sistema nervioso. Cuando esto ocurre, la persona ya está muy enferma y puede morir.

Por eso es tan importante diagnosticar la enfermedad de Chagas a tiempo, ya que cuantos más años lleva el tripanosoma en el cuerpo, más difícil es curarla. Ésta es una de las razones por las que los medicamentos existentes son más efectivos en los bebés y en los niños que en las personas mayores.



¿Sabías que Guatemala...?

Está en América Central. Limita al norte y al oeste con México, al sur con el océano Pacífico y El Salvador, y al este con Belice, el mar Caribe y Honduras.

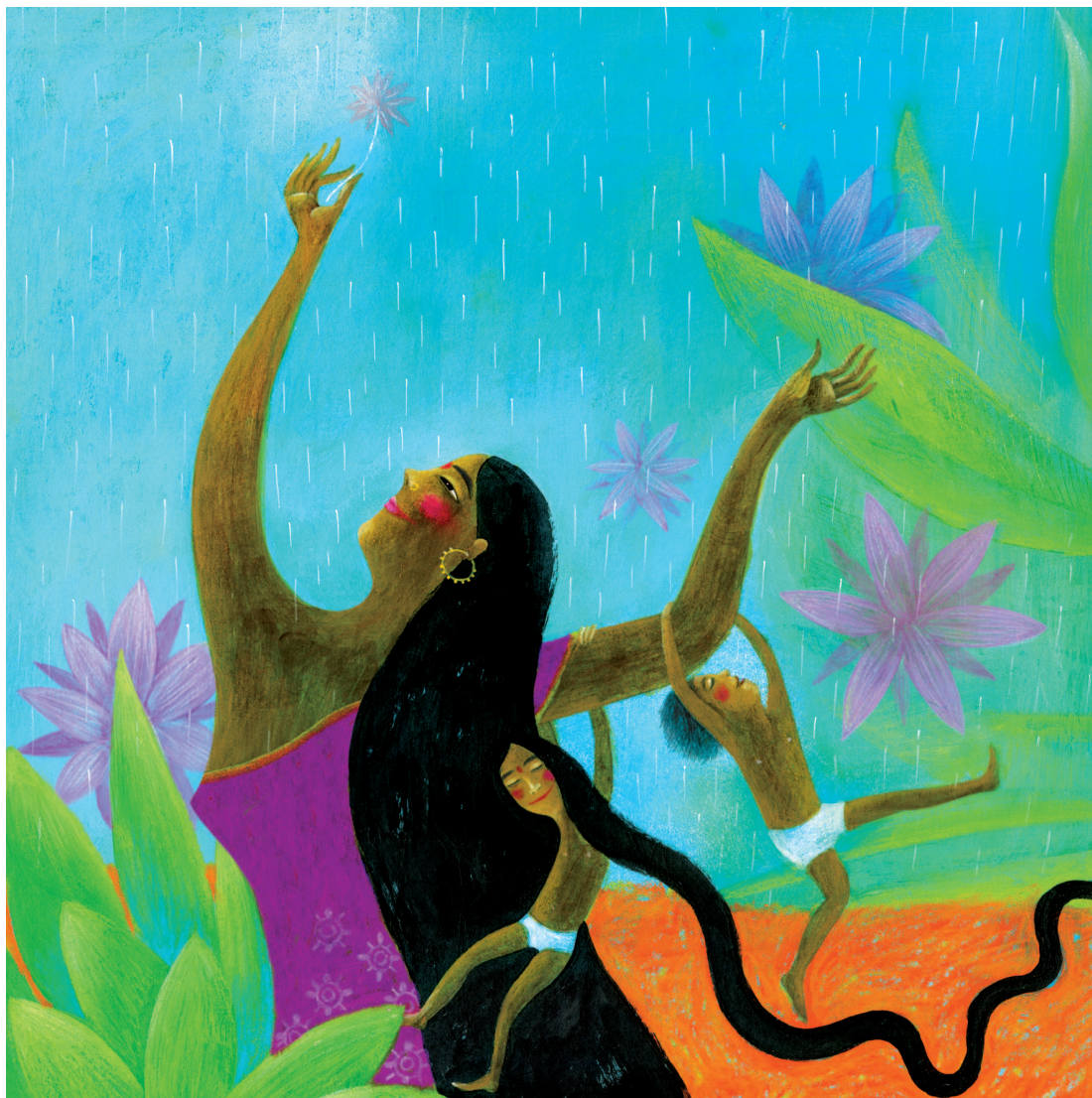
Guatemala es un país montañoso, con selvas frondosas, fértiles valles, grandes volcanes, lagos como el Atitlán, situado a 1.500 metros de altitud, y hermosas playas. El clima es tropical, más frío en las zonas de montaña y más suave en las mesetas.

Tiene más de 14 millones de habitantes, la mayoría de origen indígena (maya) o afrocaribeño (garifuna) y, en menor medida, mestizos y descendientes de europeos. El idioma oficial es el castellano, que convive con otras 23 lenguas de origen maya o garifuna.

La mayoría de los guatemaltecos son católicos, aunque las tradiciones mayas están muy presentes en sus ceremonias y festividades. También hay un tercio de la población protestante, por influencia de los Estados Unidos.

Guatemala es rica en recursos naturales, con tierras muy fértiles y extensos bosques. Los principales cultivos son el café, el plátano y la caña de azúcar. El turismo también es una buena fuente de ingresos.

Los principales ingredientes de la cocina guatemalteca son los frijoles (alubias) y el maíz, que se combinan con carne y verduras, queso, aguacate, chile (pimientos picantes), perejil y cilantro. Los tamales son una mezcla de varios de estos ingredientes envueltos en hojas de plátano o maíz.



El monzón que llegó con retraso

India

La choza del campesino Anonar estaba en un pueblo de la India llamado Rasput. Anonar, de 42 años, estaba casado con Kavita, una mujer pequeña que tenía la aleta de la nariz atravesada por un aro de oro y los tobillos adornados por varias pulseras que tintineaban a cada paso.

Kavita le había dado una hija muy bella, Kali, que estaba a punto de casarse con Brama, el hijo de un importante prestamista de la región. El abuelo Arjan, padre de Anonar, vivía también con ellos; era muy viejo, estaba sordo y casi ciego, por lo que apenas salía de la casa.

Anonar —hombre alegre, lleno de vida y muy querido por su generosidad— era un campesino fuerte y saludable. Pero últimamente no se encontraba muy bien: había perdido el apetito y se sentía cansado. Además, andaba muy ocupado arreglando los detalles de la boda con la familia de su futuro yerno. Tenía que dar una dote a su hija, así que esperaba la llegada del monzón para obtener una buena cosecha y disponer de dinero, aunque Kali y Brama se amaban, y eso era lo que a él le importaba.



Tan ocupado estaba Anonar en asegurar la felicidad de su pequeña, que no se dio cuenta de su enfermedad, ni de que el monzón ese año todavía no daba señales de llegar.

El abuelo Arjan, sin embargo, pese a la sordera y la ceguera, sí que se percató de lo que ocurría, y empezó a preguntar:

—Anonar, ¿se ha levantado el viento?

—No padre, no corre ni una brizna de aire.

—Anonar, ¿se ha oscurecido el cielo?

—No padre, el cielo sigue azul claro.

—Anonar, ¿las nubes se pasean por el horizonte?

—No padre, las nubes todavía no han aparecido.

—Anonar, ¿empiezan las gotas de agua a golpear la tierra?

—No padre, la tierra sigue seca y los brotes verdes de nuestro arroz plantado empiezan a amarillear.

—El monzón no llega... Este año no tendremos festejo —murmuraba el viejo Arjan entre dientes.

Y es que el monzón traía consigo la abundancia, y cuando llegaba la aldea se convertía en una fiesta. Los niños desnudos saltaban sobre los charcos que se formaban rápidamente en los caminos. Los adultos cantaban, agradeciendo a los dioses que les habían bendecido con el agua. El aire olía a humedad, la vegetación crecía por todas partes, y los bichos empezaban a salir de sus escondrijos para unirse al acontecimiento. Celebraban que la cosecha sería buena, ya que el cielo había decidido fecundar la tierra y eso significaba que habría comida para todos.

El abuelo tuvo razón: ese año no hubo festejo, porque el monzón no llegaba. La aldea hizo todo lo posible para evitar la desgracia.

Se encargó al sacerdote la celebración de una *puja* para pedir la llegada de la lluvia.

Anonar y su familia quemaron bastoncillos de incienso en los altares del dios de la suerte. El abuelo, en su cuarto, cantó mantras sagrados para elevar las plegarias a otros dioses.

Pero nada de esto sirvió. La radio contaba que el monzón llegaría con mucho retraso. Cuando finalmente llegó, los tiernos brotes de arroz habían muerto de sed.

Sin arroz, no había comida, ni dinero, ni dote. El espectro del hambre se empezó a asomar por el horizonte.

Kavita, administradora de la casa, contaba y recontaba los pocos puñados de arroz que les quedaban, y calculaba cuánto tiempo su familia podría vivir con tan poco.





Muchos habitantes de la aldea ya no tenían nada.

Los “intocables”, las familias más pobres, empezaron a marcharse a la gran ciudad, a varios cientos de kilómetros del pueblo.

—Tenemos arroz para cuatro meses— anunció Kavita a su familia con aparente serenidad.

Kali empezó a llorar en silencio: sin arroz, no había dinero; y sin dinero ella no tendría dote, y no se podría casar con Brama.

El abuelo Arjan no dijo nada. Estaba viejo, sordo y ciego: se propuso dejar de comer, así la familia tendría más comida para repartir. Anonar, preocupado, miró a su esposa, a su padre y a la bella Kali.

—Nos iremos a la ciudad nosotros también, como los otros campesinos —dijo con gran convicción.

—¿A la ciudad?! —preguntó Kavita— El abuelo apenas puede moverse...

Tú llevas varios meses con fiebre, has adelgazado y sangras por la nariz...

Kali está preparando su boda con Brama...

—Es verdad —dijo Anonar—, el abuelo, tú y Kali os quedaréis guardando la casa; yo iré a la gran ciudad a buscar dinero. Encontraré trabajo. Os mandaré lo que pueda. Creo que es la única esperanza para que no muramos todos de hambre y podamos festejar la boda decentemente. Es verdad que no me encuentro bien, pero se me pasará, tengo simplemente una gripe.

Las mujeres lloraban.

El abuelo se encerró en la casa a meditar y a elevar plegarias, pidiendo a los dioses que protegieran a su hijo.

Al día siguiente, Anonar se puso en camino, sin volver la cabeza hacia quienes lo veían partir. Sólo llevaba una bolsa de tela con un poco de ropa, las sandalias de su boda, cinco rupias y diez puñados de arroz para el camino.

Anonar sentía miedo de lo que le esperaba. Esa mañana se notaba muy débil, a causa de la diarrea que había empezado a tener días antes.

Anduvo tres mañanas; montó en dos autobuses que se descabraban cada vez que pisaban una piedra; pasó una noche en el vagón de un tren destartado; y por fin llegó a la gran ciudad.

Al bajar del tren, permaneció largo rato sin atreverse a dar un paso ante el espectáculo que se le presentaba: la gran ciudad!

Miles de personas se agitaban a su alrededor como abejas, ofreciéndole tornillos, lapiceros, zapatillas, pilas...

Camiones, coches, bicicletas, zumbidos de motores... Anonar se tapó los oídos con las manos, por miedo a quedarse sordo.

Mendigos, tuertos, leprosos... se agarraban a su camisa implorándole unas monedas para comer.

El hervidero humano le arrastraba sin dirección fija.
¡Qué diferente a su tranquilo pueblo era todo aquello!

Pasó el lunes.

Pasó el martes.

Pasó el miércoles. Pese a la fatiga, Anonar apenas podía dormir. Durante el día, en medio de aquel inmenso barullo, buscaba trabajo, pero no lo encontraba.

Así, poco a poco, fue perdiendo la esperanza. Ya sólo le quedaban tres rupias y cinco puñados de arroz, y cada vez se sentía peor a causa de esa gripe que no terminaba de quitársele...

Pero el cuarto día de su estancia en la ciudad ocurrió algo distinto.

El sol resultaba agobiante y apenas corría el aire. Anonar sintió una sed intensa. Se detuvo para poder respirar y, de repente, su mirada se fijó en un muchacho que vendía bolsas transparentes llenas de agua helada. Las transportaba sobre la cabeza, en una nevera de plástico.

—Chaval ¿cuánto cuesta la bolsa? —quiso saber Anonar.

—Media rupia —respondió el joven, y se quedó un momento observándolo con curiosidad. Luego le preguntó:

—Vienes de una aldea ¿verdad? Tus ropas de algodón y tu cara de asombro te delatan.

—Sí —admitió Anonar— vengo de Rasput.

—¡Rasput! ¡Nuestra familia también es de allí! ¡Bienvenido, compatriota, me llamo Hasari! —al muchacho se le iluminaron los ojos, su rostro se transformó. Dejó la nevera en el suelo y, como si lo conociera de toda la vida, abrazó efusivamente al sorprendido Anonar.

—Me han dicho que el monzón llegó tarde este año a Rasput.

—Sí, por eso he venido a la ciudad. Mi mujer, Kavita, sólo tiene arroz para cuatro meses. Mi hija Kali está a punto de casarse con Brama, el hijo del prestamista más rico del pueblo, y no tengo dinero para su dote. Y el abuelo Arjan apenas puede moverse. Sin monzón, no hay comida, y sin comida no hay dinero.

—No te preocupes, bebe y descansa aquí en mi tenderete mientras busco algún amigo que te dé trabajo.

Por primera vez desde que había llegado a la ciudad, Anonar se sintió esperanzado. Olvidó a las miles de personas que se agitaban a su alrededor como un enjambre de abejas, y dejó de escuchar los zumbidos de los motores que, sin embargo, seguían sonando sin cesar.

Se acurrucó sobre unos sacos, se quitó sus sandalias de boda, apoyó la cabeza sobre su bolsa de tela y se durmió profundamente.



Cuando despertó no sabía cuánto tiempo había dormido. Miró a su alrededor y no vio a Hasari. Pasó una mujer que vendía plátanos, y Anonar sintió hambre. Cuando fue a buscar su dinero... se dio cuenta que sus sandalias y la bolsa de tela que contenía sus tres últimas rupias y apenas cinco puñados de arroz... ¡habían desaparecido!

—¡Hasari, Hasari! —gritó, desesperado—. ¡Me han robado, Hasari, y ya no tengo ni sandalias para ir a buscar al ladrón!

Un hombrecillo enjuto que vendía pilas en el tenderete vecino le dijo:

—Es inútil que llames a ese pillo de Hasari: eres el décimo compatriota al que roba todas sus pertenencias. Seguro que también a ti te dijo que iba en busca de un amigo que te diera trabajo. ¡Vaya pillo, ese Hasari! Se aprovecha de cualquiera que lleve ropas de algodón y vague por la ciudad con cara de asombro.

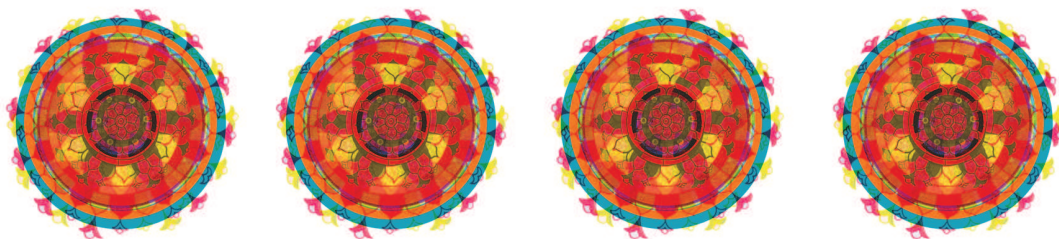
A Anonar las preguntas se le agolpaban en la cabeza:

- Anonar, ¿cómo es posible que te hayas dejado engañar de esa manera?
- Anonar, ¿dónde vas a encontrar dinero para enviar a tu familia?
- Anonar, ¿dónde dormirás esta noche?
- Anonar, ¿qué te pasa, que de repente sientes tanto calor y pierdes el equilibrio?

Y ésa fue la última pregunta que se hizo, porque a continuación cayó al suelo sin sentido.

Despertó bastante tiempo más tarde, en medio de una habitación muy grande, con varias ventanas y enormes ventiladores verdes en el techo. Tenía una botella conectada a su brazo por un tubo de plástico. No estaba solo: había más de treinta camas, unas pegadas a las otras.

Las ratas iban y venían, visitando a los enfermos. Al principio, al verlas, se asustó; pero luego sintió que le hacían compañía. Las enfermeras, también llamadas *sisters*, atendían a los enfermos.



Al rato de haberse despertado, una de ellas se acercó a Anonar y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Anonar, Anonar de Rasput. Tuve que marcharme de mi aldea porque este año el monzón llegó con retraso. Aquí, en la ciudad, Hasari el ladrón me robó lo poco que tenía.

La enfermera sonrió.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas en el hospital?

—No, *sister*. Me desmayé, y no recuerdo qué pasó después.

—¿Por qué viniste a la gran ciudad?

—Vine porque no teníamos arroz, y sin arroz no teníamos comida, ni dote para la boda de mi hija.

—¿Sabes qué enfermedad traías cuando te fuiste de tu aldea?

—Una gripe; me sentía mal, pero el hambre era más fuerte que cualquier enfermedad.

—En realidad no era una gripe —le dijo la enfermera—, tenías kala azar. Llevas dos semanas en el hospital. Si no te hubiéramos tratado en la ciudad, seguramente habrías muerto. Los dioses te protegieron y te trajeron hasta aquí. Además, Brama, el hijo del prestamista de tu pueblo, ha venido a buscarte y ha pagado por el tratamiento. ¡Tienes mucha suerte, Anonar!

Anonar no pudo seguir la conversación, se había quedado dormido y feliz.

Soñó con la boda de su bella hija y Brama. Se vio sentado y sonriendo durante la fiesta, en el jardín, bajo un enorme mango. El abuelo Arjan estaba bendiciendo a los novios y su dulce Kavita bailaba, bailaba...

Así estuvo, hasta que el alegre tintineo de las pulseras que Kavita llevaba en los tobillos despertaron a Anonar. Entonces el campesino comprendió que sueño y realidad eran una sola cosa: había regresado a su aldea, ya curado de su enfermedad, y el monzón ya había llegado.





Mosca de arena

¿Qué es el kala azar?

Kala azar es una palabra originaria de India que significa fiebre negra. ¿Por qué tiene un nombre indio?, te preguntarás. Pues porque es en este país donde hay más personas afectadas, generalmente las más humildes y con menos dinero para pagarse el tratamiento.

También hay kala azar en otros países de Asia (Bangladesh, Pakistán, Nepal, China), África (Sudán, Etiopía, Kenia, Somalia, Uganda) y América Latina (Brasil, Paraguay). Se calcula que cada año medio millón de personas contraen esta enfermedad.

Al igual que otras enfermedades infecciosas tropicales, el kala azar se contagia a través de la picadura de un insecto, en este caso, el flebotomo o mosca de arena. Al picar la piel, el insecto inyecta un parásito en la sangre de las personas llamado *Leishmania*. Por eso también se conoce esta enfermedad con el nombre de leishmaniasis.

Hay distintas variedades de leishmaniasis. El kala azar o leishmaniasis visceral es la forma más grave. Los enfermos tienen fiebre durante muchos días, pierden peso, se les hincha el bazo y el hígado, y se van debilitando hasta morir si no reciben tratamiento médico a tiempo.

El tratamiento más utilizado para curar el kala azar es muy viejo, doloroso, largo y, dependiendo de la zona geográfica donde se utilice, no es del todo eficaz. Hay otro medicamento nuevo, más fácil de usar y más efectivo, pero todavía es muy caro y la mayoría de los enfermos no se lo pueden permitir.



¿Sabías que India...?

Es un país de Asia del sur, el séptimo más grande del mundo y el segundo más poblado. Comparte fronteras con Pakistán al oeste, al norte con China, Nepal y Bután, al este con Bangladesh y Birmania y al sur con el océano Índico.

Tiene todo tipo de paisajes: desde las altas montañas del Himalaya a desiertos, verdes valles, selvas y llanuras, miles de kilómetros de costa y enormes ciudades. El clima es tropical y subtropical. Entre junio y octubre llegan los monzones, unos vientos húmedos que descargan fuertes lluvias, sobre todo en el sur del país.

India tiene más de 1.155 millones de habitantes y es la segunda zona de la Tierra con más lenguas, culturas y etnias diferentes después del continente africano. El idioma más hablado es el hindi, seguido del inglés, otras 21 lenguas oficiales y más de 1.600 dialectos.

El hinduismo, una antiquísima religión con multitud de dioses y diosas, es la que tiene más seguidores en este país. También hay musulmanes, cristianos, sijs, budistas, jainistas y judíos.

La economía india es muy próspera. Los principales productos agrícolas son el arroz, el trigo y el té, entre otros. Hay grandes industrias y mucha gente para trabajar en ellas. Sin embargo, es uno de los países donde más personas viven en la extrema pobreza.

La cocina india es conocida por el uso de especias como el curry, la cúrcuma, la mostaza negra, el jengibre, el comino, el cardamomo, el clavo, la canela o el azafrán. Sus platos son muy aromáticos y coloridos, tienen gran variedad de verduras y legumbres y van acompañados de arroz y unas tortitas de trigo llamadas *chapati*.



El niño que no se podía despertar...

Sudán

É

rase una vez, en una pequeña aldea de Malakal, en el país africano llamado Sudán (la antigua y mágica Nubia), un niño que siempre, siempre estaba dormido.

—Charles... despierta... tienes que ir al colegio —le decía su mamá.

—Charles... despierta... tienes que escribir en la pizarra —le decía su maestra.

—Charles... despierta... tenemos que ir al campo a cultivar el maíz —le decía su padre.

Pero Charles no podía despertarse.

Se quedaba dormido, nada más levantarse, mientras tomaba el desayuno.

De camino a la escuela —cuando paraba un ratito para mirar a las ranas chapoteando en la orilla del lago— también se dormía. Despertaba tres horas después, tumbado en la hierba con un terrible dolor de cabeza,

Pero esto no era lo peor. Lo que más hacía sufrir a Charles y le daba muchísima rabia era que soñaba y soñaba, y luego no podía recordar lo que había soñado.

Su abuelo —poco antes de morir, hacía apenas tres meses— le había contado que los sueños son el lenguaje que utilizan los antepasados para comunicarse con su familia en la tierra. El chico echaba mucho de menos a su abuelo y quería hablar de nuevo con él en sus sueños, pero no lo conseguía.

Al principio Margaret, su mamá, pensó que el niño dormía mucho a causa del crecimiento. Apenas tenía diez años y en los últimos meses había dado un estirón: ya casi le llegaba a su padre a la barbilla. Cuando la mujer constató que las estaciones del año, después del inicio de la somnolencia de Charles, ya habían pasado dos veces por el pueblo, se preocupó de verdad.

—Clifford, nuestro hijo no está bien —dijo Margaret, preocupada, a su marido—; me siento francamente inquieta. Ayer el chiquillo se quedó dormido mientras ordeñaba la cabra; estuvo casi dos horas enganchado de su teta, y el pobre animal no paraba de balar. Tuve que agitar con mucha fuerza a Charles para conseguir despertarlo. Y no sólo es esto: el otro día se durmió caminando, cruzó la carretera y casi lo pilla un camión. Tenemos que hacer algo...

Clifford también lo había notado; esa misma tarde, de hecho, había descubierto al chaval dormido encima de un árbol, como si fuera un murciélago, con la cabeza colgando hacia abajo.

—Mañana mismo lo llevo a que lo vea el curandero —dijo a su mujer para tranquilizarla.

Dicho y hecho, al día siguiente, prontito por la mañana, padre e hijo fueron a la aldea vecina, donde vivía el curandero. Durante el camino Charles también se durmió; su padre tuvo que cargárselo a los hombros, como si de un saco de patatas se tratara.

El curandero era un hombre muy alto, tenía la cabeza cubierta con un extraño gorro

lleno de plumas de gallina, y con la mano derecha agitaba constantemente un espantador de moscas de un lado a otro, intentando protegerse de los insectos que lo atacaban sin cesar. Vestía un pantalón raído que se sujetaba con una cuerda a la cintura. A pesar del atuendo, su presencia resultaba impresionante ya que media casi dos metros.

—Su hijo tiene la enfermedad del sueño —le dijo nada más verles, sin ni siquiera darles tiempo a saludar.

—¿La enfermedad del sueño? —preguntó Clifford, extrañado.

—Sí, la enfermedad del sueño, le contestó el hombre con un tono convencido.



—¿Y qué puedes hacer para que se cure?
—quiso saber Clifford.

—No puedo hacer nada —respondió el curandero, mientras giraba alrededor del padre y del hijo agitando su espantador de moscas y ladeaba a izquierda y derecha su cabeza emplumada—, la respuesta para la curación de Charles estará sólo en sus sueños. Sólo él sabe lo que debe hacer y son sus sueños quienes se lo revelarán.

Tras dar su dictamen, desapareció en el bosque dejando a Clifford con su hijo todavía colgado a la espalda.

Decepcionado, Clifford recolocó al chico en sus hombros y regresó a su aldea. No le gustaba la idea de volver a casa sin una solución para su pequeño. ¿Qué pensaría Margaret de un marido inútil, incapaz de solucionar los problemas de la familia?



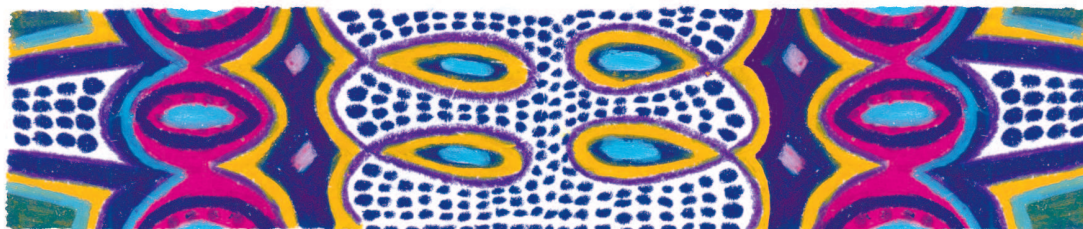
Charles despertó al mediodía siguiente, sin haberse enterado del largo viaje que había hecho. Cuando olió el rico guiso de maíz que su madre estaba preparando en la marmita de la cocina, se levantó corriendo y dijo:

—¡Mamá, mamá he soñado con maíz; seguro que si me como dos platos hasta arriba se me pasará el sueño! Su madre sonrió al verle tan convencido y le llenó dos platos hasta arriba. Después de comer el manjar se sumió en un pesado sopor del que no salió hasta dos días más tarde.

Cuando de nuevo abrió los ojos, oyó el hermoso canto de un pajarillo llamado cantor africano.

—¡Mamá, mamá, he soñado con cantores africanos; seguro que si conseguimos tener un par de ellos en el baobab de enfrente de casa, se me pasa el sueño!

La madre puso unas migas de pan en el árbol, para asegurarse la visita de las aves. Y efectivamente, minutos después dos pajaritos aparecieron y empezaron a cantar sin parar. Mientras el niño oía la música, cayó y no despertó hasta pasadas varias horas.



Así fueron transcurriendo los meses. Charles estaba cada vez peor, más ausente, durmiendo todo el día, con fiebre... Ya apenas podía moverse.

Hasta que un día su abuelo vino a sus sueños.

—Charles, Charles despierta... he venido a contarte una historia.

—¡Abuelo! ¡Qué buena sorpresa! ¿Cómo estás?

El abuelo hizo un gesto con el dedo de la mano sobre la boca para que se callara y empezó a contar:

—Hace muchos años el espíritu de la vida se enfadó terriblemente con nuestra aldea porque la gente estaba tan ocupada en pelearse los unos con los otros por la posesión de las tierras, que se olvidaron de aprovechar todo lo que la vida les daba cada día. Dejaron de mirar al sol que se levantaba por la mañana y que les daba luz y calor. Ya no degustar la comida que cada día, como por milagro, aparecía en su plato. Dejaron de abrazarse y de besarse entre ellos, celebrando que la familia estaba junta y unida. Como castigo, les envió una mosca que se llama tsé-tsé y que cada vez que los picaba los dejaba dormidos. Y es que olvidar lo que la vida nos da cada día es como estar dormido, Charles.

—Charles, ¿te das cuenta de todo lo que la vida te ofrece y que debes celebrar?

—Sí, abuelo me doy cuenta, aunque ahora con la enfermedad... me encuentro un poco débil.

—El espíritu de la vida hizo algo más: para los que aprendieran la lección, preparó un medicamento que está en el hospital de Juba. Allí debes ir a buscar el remedio.

—Gracias abuelo, te quiero.

—Yo también, muchacho. Ahora tengo que marcharme. Te dejo encargado de

explicar a todos lo que está pasando. Recuerda siempre: olvidar lo que la vida nos da cada día... es como estar dormido.

Charles abrió lo ojos, miró al sol y le agradeció por estar allí. Comió su plato de maíz que saboreó como nunca antes lo había hecho. Besó y abrazó a sus padres, Luego se dirigió a Juba, en busca del medicamento para seguir despierto.





Mosca tsé-tsé

¿Qué es la enfermedad del sueño?

La enfermedad del sueño o tripanosomiasis humana africana es una enfermedad infecciosa provocada por el parásito *Trypanosoma brucei gambiense* o *rhodesiense*. El insecto que lo transmite es la mosca tsé-tsé, que vive en 36 países africanos, donde hay unos 60 millones de personas en riesgo de ser infectadas.

Durante la primera fase de la enfermedad, las personas tienen fiebre y se sienten muy débiles. La segunda fase llega cuando el parásito alcanza el cerebro. Los enfermos empiezan a comportarse de manera extraña, tienen dificultades para moverse y hacer cosas, les cuesta dormir de noche y caen rendidos de sueño durante el día. Por eso la tripanosomiasis humana africana es conocida como la enfermedad del sueño.

Curarla no es fácil. Por un lado, las pruebas que hay que hacer para saber si se está o no infectado son complicadas, y en los países pobres no siempre hay hospitales donde hacerlas o la gente no puede pagarlas.

Por otro lado, el tratamiento tradicionalmente utilizado es antiguo y a base de unas inyecciones muy dolorosas que cada vez son menos efectivas. En los últimos años se están usando otros medicamentos, pero o bien requieren pastillas e inyecciones que sólo se pueden administrar en un hospital (y no siempre los hay en muchos pueblos africanos), o son demasiado caros. Sin tratamiento, esta enfermedad es mortal.



¿Sabías que Sudán...?

Es el país más grande de África. Está situado al noroeste del continente y es el que limita con más países: Egipto, Eritrea, Etiopía, Kenia, Uganda, República Democrática del Congo, República Centroafricana, Chad y Libia.

Sudán tiene una gran llanura central flanqueada por montañas y por la que fluye el río Nilo. Al norte el paisaje es desértico y el clima es tórrido y seco, mientras que en el sur hay sabanas y selvas, propias de un clima tropical.

Tiene una población de más de 40 millones de habitantes, más de 600 etnias que hablan más de cien lenguas diferentes, aunque el idioma oficial es el árabe.

La población del norte es mayoritariamente musulmana. En el sur se practica el cristianismo y otras religiones tradicionales africanas.

La región del norte está económicamente más desarrollada, pero tiene pocas materias primas y recursos naturales. Los yacimientos de petróleo y metales se encuentran principalmente en el centro del país, donde está la capital, Jartum. La principal ciudad del sur es Juba y la mayoría de la gente se dedica a la agricultura.

La base de la cocina sudanesa es la *fasoolinya* (un guiso de judías servido con pan) y la *dura* (maíz o mijo). Entre las bebidas más populares están el *laban* (leche caliente endulzada), el *shai* (té negro) y el *shai bi-nana* (té dulce de menta).



El niño hechizero

República Democrática del Congo

Esta historia pasó en Mwene Ditu, en la región de Kasai Oriental, en la República Democrática del Congo donde vivía Manga.

Manga era un niño hechizero. Él no lo sabía hasta que los chicos de su aldea empezaron a llamarle *sorcier*, que quiere decir brujo en francés. Tenía sólo doce años y creía que ser hechicero era una cosa de adultos.

Al principio le agradaba que así lo llamaran, le pareció que a las chicas les gustaría su nueva profesión. Pero luego se dio cuenta que ser hechizero tenía sus desventajas.

Los viejos del pueblo, cada vez que se acercaba, le pegaban con su rabo de vaca espantador de moscas; las mujeres lo miraban con gesto temeroso cuando pasaba a su lado y recitaban entre dientes una oración a la madre luna, protectora de los malos espíritus. Los niños más pequeños no querían ya jugar con él. Ni siquiera Massengu, su prima más querida, a la que él adoraba, se acercaba para hablarle desde que se extendió el rumor en la aldea sobre sus poderes de magia negra.

—Massengu, ¿por qué ya no me hablas?— le preguntó Manga.

La niña, temerosa, le respondió —Me dice mamá Nsala que, mirando a los ojos a las personas, puedes hacer que se pongan enfermas. Ella dice también que miraste a tus padres y por eso ellos tuvieron que marcharse, les contagiaste el sida..., todo el mundo dice que ya nunca volverán.

Manga no entendía por qué mamá Nsala decía todas esas cosas horribles sobre él. Nunca había oído hablar de que los niños fueran tan maliciosos que, con tan sólo mirar a la gente a los ojos, la hicieran enfermar. Tampoco sentía que tuviera nada que ver con la enfermedad que habían contraído sus padres. Había más enfermos en el poblado y no fue él quien la causó. Empezó a preocuparse y a pensar cómo podía resolver el asunto.

Decidió verificar si todos esos rumores que corrían eran ciertos y se adentró en la selva que rodeaba su aldea en busca de animales.

De repente, un conejo saltó de entre los matorrales. Manga se puso frente a él y le empezó a recitar:

—Conejo, conejo soy un hechicero, mírame a los ojos y enférmate entero.

El conejo lo miró con cara de aburrimiento y se fue tan pancho con ademán de no importarle nada aquel niño poco interesante.

Luego apareció un gallo despistado del poblado que se había perdido en medio de la maraña de plantas tropicales.



Manga hizo lo mismo de nuevo; se puso frente a él y empezó a recitar:

—Gallo, gallo soy un hechicero, mírame a los ojos y enférmate entero.

El gallo tampoco le hizo mucho caso y se fue muy orgulloso moviendo su cresta elegantemente de un lado a otro.

Ya cansado de experimentar, y dándose cuenta de que la magia que decían que tenía no funcionaba con los animales, se fue a casa de papá Tchilombo, amigo de su padre desde hacía años, que vivía en las afueras del pueblo. Manga vivía ahora con él y Tchilombo lo llamaba *mon fils*, mi hijo en francés.

Se escondía detrás de un matorral y lo veía cada tarde sentado en la puerta de su casa construyendo una silla. El viejo era carpintero y muy, muy pobre.



Empezó a revisar al hombre de arriba abajo con la mirada. Primero le miró los pies, papá Tchilombo no llevaba zapatos, como todos en la aldea; tener unos zapatos era sólo posible para los ricos. Luego dirigió la mirada hacia el cuerpo del anciano, reconoció la camisa que, según contaba el viejo, el padre de Manga le había regalado el mismo día que nació. Y después lo miró a los ojos...

De repente, le entró miedo. ¿Y si era verdad que era un niño hechicero que hacía enfermar a las personas al mirarlas a los ojos? Al fin y al cabo, sus padres habían enfermado y se marcharon en busca de ayuda a casa de un curandero que vivía a cientos de kilómetros de allí. Hacía muchos días que se habían ido y aún no habían regresado.

En el pueblo decían que nunca volverían, ya que tenían sida, y que el sida no se podía curar. Papá Tchilombo le había dicho que eso no era verdad, que existía un tratamiento, pero que allí en Mwene Ditu era muy difícil encontrarlo y, hasta que sus padres no volvieran, se ocuparía de Manga.

Manga quería mucho a papá Tchilombo. Desde que era pequeño, cada día el viejo se lo ponía sobre los hombros y lo llevaba al bosque a recoger madera para hacer muebles.

Manga siguió mirando a los ojos a Tchilombo. ¿Y si era verdad que era un niño hechicero y que su magia, aunque no funcionaba con los animales, quizás sí lo hacía con las personas? ¿Ahora, al mirar a Tchilombo, lo haría enfermar? Entonces, ¿con quién se quedaría hasta que volvieran sus padres? ¿Quién le prepararía su *fou-fou* para cenar?

Cerró fuertemente los ojos, se los tapó con las manos y decidió no mirar, y se puso a llorar e hipar escondido tras el matorral. Papá Tchilombo lo escuchó y se acercó al oír su llanto...

—Manga, ¿qué haces ahí?, ¿por qué lloras, *mon fils*?

—Mamá Nsala dice que si miro a las personas puedo hacer que enfermen— dijo el niño medio hipando.

Papá Tchilombo le cogió las manos, le destapó la cara y le dijo:

—Abre los ojos Manga, mírame bien hijo mío, no tengas miedo.

Y mientras Manga lo miraba, papá Tchilombo sonrió con amor. Con una voz muy bajita, Manga empezó a recitar:

—Papá Tchilombo, papá Tchilombo, soy un hechicero, mírame a los ojos y enférmate entero.

Papá Tchilombo siguió mirándolo intensamente durante un rato muy, muy, muy largo, y con lágrimas en los ojos.

—Manga, tú no eres un hechicero. Mañana iremos a hablar con mamá Nsala, los viejos, las mujeres, los niños más pequeños y con Massengu para explicarles que cuando me miraste no pasó nada.



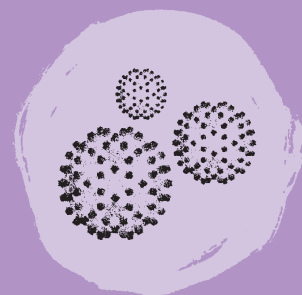
Mientras el anciano decía esto, los padres de Manga aparecieron a lo lejos...

—¡¡¡Manga!!!— Empezaron a gritar, gesticulando y corriendo hacia el niño...

Los tres se abrazaron llenos de alegría. El papá y la mamá del chico habían engordado y tenían mucho mejor aspecto que cuando partieron... Habían encontrado el tratamiento para el sida y estaban mucho mejor... Tchilombo sonreía viendo la escena.

Y desde entonces, cuando alguien se burlaba de Manga llamándole hechicero, ya no se molestaba y sonreía pensando en papá Tchilombo, sentado en la puerta de su casa construyendo, como cada tarde, una silla.





Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH)

¿Qué es el VIH/sida?

El síndrome de inmunodeficiencia humana adquirida (sida) es una enfermedad contagiosa provocada por el virus de inmunodeficiencia humana (VIH). Este virus va debilitando el sistema inmunológico del cuerpo, encargado de protegerlo de las enfermedades, hasta que la persona se queda sin defensas para combatir otras infecciones como, por ejemplo, la tuberculosis. Algunas enfermedades tienen cura, pero otras no y entonces pueden causar la muerte.

El VIH se transmite entre la gente a través de la sangre y los fluidos corporales. Se calcula que en el mundo hay más de 33 millones de personas infectadas, de las cuales más de dos millones son niños.

La gran mayoría de estas personas viven en África y muchas de ellas no tienen dinero o un hospital cerca donde conseguir los medicamentos que podrían salvarles la vida.

Estos medicamentos se llaman antirretrovirales, y las personas infectadas tienen que tomarlos toda la vida. Su función es impedir que el VIH destruya las defensas del cuerpo, con lo que la persona puede combatir las enfermedades y vivir muchos años aunque tenga el virus. En los países ricos, los antirretrovirales están al alcance de todos, por eso en nuestro país el VIH/sida no se considera una enfermedad mortal.



¿Sabías que la República Democrática del Congo...?

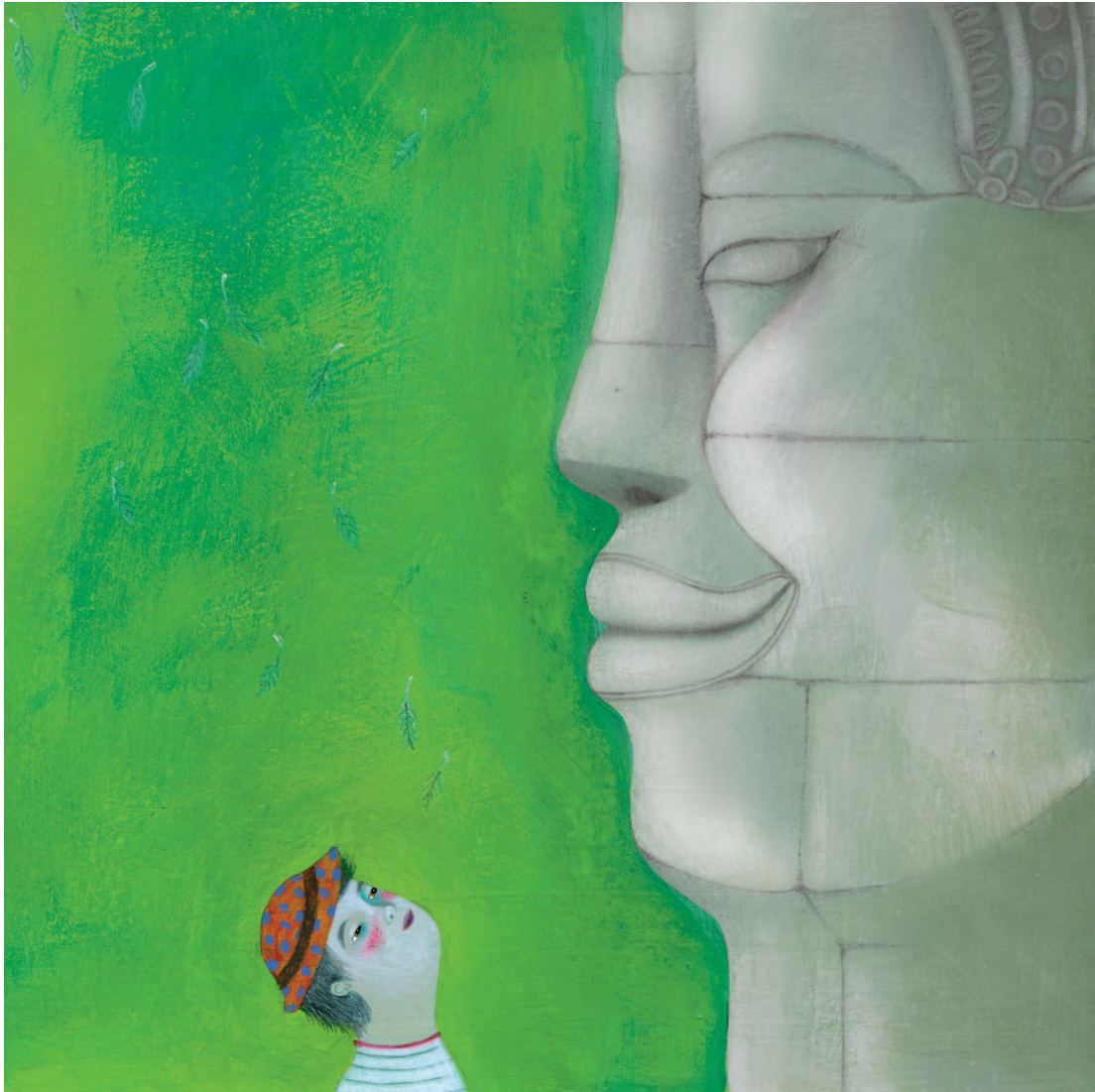
Es un país de África Central, situado en la región de los grandes lagos. Limita al norte con la República Centroafricana y con Sudán, al este con Uganda, Ruanda, Burundi y Tanzania, al sur con Zambia y Angola, y al oeste con la República del Congo.

La República Democrática del Congo es uno de los países más grandes de África. El Ecuador cruza su territorio, quedando un tercio en el Hemisferio Norte y dos tercios en el Hemisferio Sur. Su clima, cálido y muy lluvioso, ha creado la segunda jungla más grande del mundo, después de la selva amazónica, que cubre gran parte del país.

Tiene 66 millones de habitantes de unas 250 etnias diferentes. El idioma oficial es el francés, aunque también se utiliza el *lingala* para entenderse entre personas de diferentes pueblos. La mayoría de los congoleños son cristianos, aunque mucha gente sigue respetando viejas tradiciones y ritos indígenas, que varían según los grupos étnicos.

El país tiene grandes riquezas forestales y mineras, pero son motivo de disputas y guerras. La mayoría de la gente vive de la agricultura y tiene muy pocos recursos para salir adelante.

Los principales ingredientes de la cocina congoleña son la mandioca, el arroz, las patatas, el plátano, el ñame, las alubias, el maíz, el pescado y los cacahuetes. El plato más típico es el *fou-fou*, una pasta blanda hecha con harina y agua que se suele comer con una salsa de tomate o de cacahuetes.



Iván en la ciudad de Angkor Thom

Camboya

A Iván, de diez años, la llegada de esas vacaciones le fastidiaba. La familia de Manolo, compañero de clase y vecino de su barrio, lo había invitado a ir de veraneo con ellos. Pero sus planes cambiaron cuando a sus padres se les ocurrió la loca idea de viajar ese verano en familia a Camboya. Con sólo diez años poco podía hacer para cambiar la situación, por lo que desde antes del viaje, mostró su descontento con actitudes malhumoradas y trastadas.

—¿Ir a Camboya durante más de dos meses? —dijo cuando su padre hacía la proposición — ¿Y qué se nos ha perdido ahí? —insistió pensando que los planes de visitar a su amigo Manolo en agosto se acababan de desbaratar completamente. —A ti no te corresponde pensar —respondió chinchona su hermana Ana Belén— A mí me parece una idea estupenda.

Iván pensó que a su hermana siempre le gustaba chincharlo, y no le respondió. —Creo que lo mejor sería olvidar todo esto y seguir con nuestros planes de veraneo normales —respondió Iván en un intento de revertir la situación a su favor, aunque ya con pocas probabilidades de éxito.

Su padre, ajeno a todos los argumentos que sus hijos le daban, siguió hablando del viaje:

—Será estupendo ir a Camboya. Me encantaría poder conocer el país.

Finalmente llegaron las vacaciones y la familia partió rumbo a su destino de veraneo. Nadie había contado con él para tomar decisiones. Es verdad que tenía sólo diez años, pero a esa edad también se planifica dónde y con quién se quiere pasar las vacaciones.

Para Iván, su padre había elegido de forma irracional. Un país lejano, lleno de templos y de dioses de poco interés para jugar, y para colmo de males, tuvieron que consultar al médico antes de ir de viaje, como si estuvieran enfermos.

Desde que llegaron a Camboya, hacía ya dos meses, Montse, la madre de Iván cada día al caer la tarde lo obligaba a ponerse una camiseta de manga larga, pantalón largo y utilizar un repelente para que no lo picaran los mosquitos y no contraer la malaria. "Mamá está loca, ¡hace tantísimo calor!", pensaba Iván. Y encima por la noche, para protegerlo del dichoso anófeles (nombrecito que parece ser tenía el mosquito), lo hacía dormir debajo de una horrible mosquitera que no lo dejaba respirar. Cuando su madre le cambiaba la camiseta y le daba un beso de buenas noches debajo de aquella red, no se oponía, pero en cuanto sus padres se iban a dormir, se sacaba la camiseta y desbarataba la protección que le había preparado, durmiendo desnudo y a pierna suelta. Eso sí, a la mañana siguiente amanecía lleno de picaduras, de las que había decidió no quejarse.

Iván había visto muchas cosas bonitas por los pueblecitos de la frontera con Laos y Vietnam, pero al llegar a Siem Reap, la antigua ciudad sagrada de Angkor Thom lo dejó maravillado y asustado al mismo tiempo. Nunca había visto nada igual. Abrió los ojos como platos, y exhaló una inspiración profunda. Había pasado unos minutos antes con su familia por una de las cinco puertas coronadas por gigantescos rostros del Bodhisattva, a cuyos pies cabalgaba el dios Indra a lomos del elefante blanco Airavana, su vehículo celestial.





Iván no conocía todos estos nombres tan raros, era su padre, José, quien los iba nombrando en voz alta mientras leía un libro de viajes sobre Camboya, al mismo tiempo que explicaba a los miembros de su familia todos los detalles sobre lo que iban viendo.

Frente a las puertas surgían gigantescas pasarelas jalonadas por 54 dioses de ojos almendrados y demonios de ojos esféricos que sostenían, a modo de balaustrada, poderosas serpientes de múltiples cabezas. Era un auténtico espectáculo de piedras antiquísimas, invadidas por la salvaje vegetación de la jungla.

Iván instintivamente cogió la mano de su madre, Montse, buscando protección. ¡Quién sabe si las serpientes seguían, desde su corazón de piedra, protegiendo la ciudad y podían en cualquier momento resucitar y comérselo por travieso!

Desde que la familia había salido de Madrid, sus padres parecían haberse olvidado completamente de él y de su hermana Ana Belén, y se pasaban el día haciendo manitas. Iván no entendía cómo con tantos ojos de dioses y demonios mirándoles, no les daba un poco de vergüenza pasear agarraditos todo el tiempo haciéndose arrumacos.

Su hermana también había encontrado una actividad con la que divertirse: coquetear con el guía. Un joven camboyano que hablaba inglés medianamente bien y que sólo tenía ojos y manos para ella.

Así que él se encontraba muy solo, lleno de miedo, agarrado a la mano de su madre, con todos esos ojos de poderosas serpientes de múltiples cabezas mirándole y fastidiado por aquel viaje. De repente, Iván, que llevaba un rato ensimismado en estos pensamientos, se dio cuenta que ya no iba cogido de la mano de su madre y que su familia había desaparecido. Ya no veía a ninguno de ellos. Al principio le pareció que era una broma. En casa tenían la costumbre de jugar al escondite, así que pensó que aquello era un juego y empezó a caminar en círculos gritando y riéndose.

—¡Papá!, ¡mamá!, ¡Ana Belén!, ¿dónde estáis?

Pero, tras más de diez minutos de búsqueda inútil, empezó a plantearse que quizá se había perdido y empezó a llorar desconsoladamente. No se sentía nada seguro entre todas aquellas estatuas de piedra que parecían mirarlo con muy malos ojos.

De repente una de las estatuas le empezó a hablar:

—¿Qué haces tú aquí, pequeño cachorro de ser humano occidental?

Iván enmudeció al oír hablar a la estatua. No podía articular ni una sola palabra y puso esa cara de pasmo que ponía cuando no entendía nada de nada sobre lo que se estaba hablando.

—Soy Rama, el dios Vishnu en forma humana. Pretendo restaurar la paz en el mundo luchando contra Ravana, el rey de los demonios, que se divierte aterrizando al mundo. ¿Has visto por aquí a Ravana?

Sin esperar una respuesta, la estatua continuó diciendo:

—Me he casado con la gentil princesa Sita. Ravana está enamorado de ella y ha enviado una bruja para encantarla. Tuve que cortarle a la hechicera la nariz y las orejas. Todos estos templos se han construido para contar nuestra leyenda...

A Iván se le había ido pasando el miedo poco a poco a medida que hablaba con Rama. Le pareció un dios de bastante buen talante y quería preguntarle si había visto a sus padres. Cuando iba a preguntarle por ellos, se dio cuenta de que no se sentía muy bien. Le dolía todo el cuerpo y los músculos, como cuando tenía agujetas al jugar un partido de fútbol después de no haberlo hecho durante mucho tiempo. La cabeza le estallaba, sentía el corazón palpitándole en las sienes. Empezó a sentir escalofríos y a temblar. Tenía ganas de vomitar y su mamá no estaba allí para ocuparse de él.

—No me siento bien —le dijo el niño a Rama— No sé qué me pasa y mis padres han desaparecido —añadió con un hilo de voz.

—Creo que has cogido la malaria, le contestó Rama. ¿Te han picado mucho los mosquitos? Esta enfermedad aún existe aquí y las personas rápidamente se ponen enfermas.

—Sí, creo que sí. Mamá quería que durmiera todas las noches debajo de la mosquitera para que no me picaran, pero yo no quería venir y no dormí debajo de la red —dijo Iván que se había dejado caer bajo una palmera, incapaz de dar un paso, y con la fiebre subiéndole cada vez más.

Despertó después de no sabía cuánto tiempo, sin reconocer dónde estaba. Su madre dormía en un sofá junto a su cama en una habitación que parecía ser de un hospital.

—Mamá —dijo Iván— ¿dónde estamos?

Su madre se espabiló al oírle y dio un grito de alegría.

—Iván, hijo, ¡has vuelto!

—¿He vuelto? ¿De dónde he vuelto? —preguntó el niño extrañado.

—Te desmayaste cuando visitábamos Angkor Thom, y llevas una semana con mucha fiebre y delirando. No comprendo cómo, durmiendo con mosquitera, has podido contraer la malaria.

—Mamá, no dormía debajo de la mosquitera —reconoció Iván con mucha vergüenza.

—He estado muy enfadado con este viaje, no quería hacer nada de lo que me pedíais. Me he sentido muy solo hasta que encontré a Rama, que me trajo hasta aquí.

—¿Rama? —preguntó su madre.

—Sí, sí, Rama, el dios Vishnu en forma humana. ¿No fue él quien me trajo?

—No, hijo, te trajimos con papá y con tu hermana cuando te desmayaste y empezaste a delirar por la fiebre —le contestó su madre.



—Pero, ¿no es él quien lucha contra Ravana, el dios de los demonios, para salvar a Sita? —replicó Iván, resistiéndose a pensar que lo que había vivido en el templo era un delirio. Su madre miró con alegría a su esposo José cuando entraba en ese mismo momento en la habitación con su hija Ana Belén.

—Iván ha despertado, dice que Rama lo trajo aquí.

—¿Rama? —preguntó José— ¡Qué bien que haya sido él quien nos ha traído a nuestro pequeño!

Los tres abrazaron a Iván, que no terminaba de entender qué estaba pasando. Esa misma noche, José buscó en su libro de viajes sobre Camboya la historia de Rama y se dio cuenta que aún no había llegado a ese capítulo. Por tanto no se lo podía haber relatado con todo detalle a su familia. Pero eso no importaba. Lo realmente importante era que Iván estaba allí para contarlo...





Mosquito anófeles

¿Qué es la malaria?

Cada año, alrededor de 300 millones de personas contraen la malaria en el mundo. La gran mayoría son niños que viven en África, pero también se dan casos en Asia, América Latina y, en menor medida, en Oriente Medio y Europa.

Esta enfermedad tropical se contagia por la picadura del mosquito anófeles. Al picar la piel, el mosquito inyecta un parásito llamado *Plasmodium* en la sangre de la persona, donde se reproduce y se va extendiendo por su organismo.

Las personas infectadas tienen fiebre, escalofríos, sudores, dolor de cabeza, dolores musculares, falta de apetito, náuseas, etc. Si se trata a tiempo, la malaria se cura con facilidad, pero si se complica puede provocar la muerte.

El principal problema es que en los países donde hay más malaria, no todas las personas con estas molestias tienen la enfermedad, pero como es tan común, se toman igualmente las pastillas para curarla. Entonces, cuando tienen malaria de verdad, los medicamentos ya no les hacen efecto. La solución sería que las personas se hicieran pruebas para confirmar que están infectadas antes de empezar el tratamiento, pero en muchas partes de África esto no es posible y el problema continúa.

También es muy importante prevenir la enfermedad, es decir, evitar la picadura de los mosquitos, sobre todo para los viajeros y turistas que no viven en países tropicales donde hay malaria. A estas personas se les recomienda tomar pastillas, según qué país o zona visitan, y dormir con mosquiteras, ponerse repelentes de insectos en la piel y usar pantalones y camisetas de manga larga por las noches, que es cuando salen los mosquitos.



¿Sabías que Camboya...?

Es un país del sureste asiático cuyos vecinos son Tailandia al oeste, Laos al norte, Vietnam al este y al sur el mar de China Meridional, en el océano Pacífico.

Camboya es una gran llanura flanqueada por suaves montañas, por la que cruza el río Mekong, que significa río grande. En la época de lluvias, este río corre en sentido inverso al mar, momento que los pescadores aprovechan para hacer grandes capturas de peces con sus redes. Con la llegada de los monzones, las fuertes lluvias también desbordan el cauce de los ríos e inundan grandes extensiones de tierra donde se cultiva el arroz.

El país tiene casi quince millones de habitantes, la mayoría de los cuales son de la etnia jemer. La minoría étnica más importante son los cham, de fe islámica. Todos ellos hablan el jemer o camboyano, que es el idioma oficial y una de las lenguas habladas más antiguas del mundo.

El budismo es la religión mayoritaria en Camboya. El país está lleno de templos dedicados a los muchos dioses hindúes y posteriormente a Buda, como en la antigua ciudad imperial de Angkor Thom, construida a finales del siglo XII.

Muchos habitantes de Camboya viven de la agricultura, sobre todo del cultivo del arroz. Aunque tiene una gran riqueza forestal, casi un tercio de los bosques del país están protegidos para evitar la tala masiva de árboles. El turismo también es una fuente importante de ingresos.

La cocina camboyana tiene una fuerte influencia de China e India. De la primera, el uso de todo tipo de ingredientes comestibles, como la carne de serpiente o de mono. De la cocina India, el uso de especias para condimentar todos sus platos, aunque no son tan picantes.

